

Edición de la «Historia de Alcida y Silvano», poema de Montemayor

Elisabeth R. PRIMAVERA

El texto aquí presentado es el original que se halla en el *Segundo cancionero* de 1558, excepto en unos pocos casos notados (un asterisco a la izquierda del verso indica que hay una nota referente al verso). Para comparación, se han usado las ediciones siguientes de *La Diana*, citas de las cuales aparecen en notas según esta clave:

- A Çaragoza: Pedro Bernuz, 1560.
- B Anvers: Juan Steelsio, 1561.
- C Valladolid: Francisco Fernández Córdoba, 1561.
- D Venecia: Alonso de Ulloa, 1568.
- E Anvers: Pedro Bellerio, 1580.
- F Venecia: Giacomo Vincenci, 1585.
- G Madrid: La Imprenta Real (Juan Flamenco), 1602.
- H Lisboa: Pedro Craesbeeck, 1624.
- I Madrid: Don Fermín Thadeo Villalpando, 1795.

Como hay tantas variaciones dentro de cada edición y entre ellas, se ha modernizado la ortografía, excepto en casos en que la rima o el ritmo lo prohíbe (en ese caso se mantiene la versión original). Cuando se trata de la asimilación de la «r» del infinitivo a la «l» del pronombre enclítico («creella»), se ha cambiado la primera «l» a «r» con tal que la rima no lo prohíba (véanse vv. 273-80). Las letras añadidas aparecen entre corchetes; las que sobran, entre paréntesis. Para facilitar la lectura, se ha puesto puntuación según el uso moderno.

Se ha criticado mucho el estilo poético poco cuidadoso de Montemayor¹, y «Alcida y Silvano» contiene ejemplos de unas malas costumbres características

¹ Se podría empezar con el cura de Don Quijote, que sugirió que «se le quite [de *La Diana*] casi todos los versos mayores» (I, vi), y terminar con Moreno Báez: «Se trata de un poeta de quilates no muy subidos, como es el caso de Montemayor...», y «Aunque solo sea por revelar la impericia de nuestro poeta, deben mencionarse el verso de 10 sílabas... Aun resulta peor versificador en su *Cancionero*» (ed., *Diana*, pp. li-lij). Para ser justo, hay que decir que casi todos los ejemplos que cita MORENO BÁEZ son de versos mal copiados en la edición de González Palencia.

de toda la obra del portugués. Una es la tendencia de poner un verbo singular con sujeto plural: «Su hermosura y ser, aviso y gala / a la fama espantó» (vv. 179-180); «Si te contenta el soto y verde prado» (v. 908)². Otra tendencia es la de combinar los tiempos verbales de una manera que los sujetos saltan del pretérito e imperfecto al presente dentro de la misma frase (vv. 297-304; 329-36). Se ve la misma tendencia en *La Diana*, y Moreno Báez dice que «era menos rara en el xvi que lo es en nuestros días, por no hallarse el idioma tan regulado como lo está hoy»³.

En cuanto al silabeo, se nota que Montemayor varía según manda la necesidad. Por ejemplo, para obtener un endecasílabo en el verso 193, hay que leer «trae» con dos sílabas: «Sobre los hombros trae sus cabellos.» Pero en el verso 197, «trae» se lee con sólo una sílaba: «Una toallita blanca trae sobre ellos.» En muchos versos hay que poner un hiato entre dos vocales donde no debe haber uno, para llegar al número de sílabas necesarias: «Y / era justa cosa que él durmiese» (v. 1.098), en que el ritmo hace suponer que hay que separar «y» de «era».

Hay varios versos demasiado largos: «Debajo de los altos pinos muy umbrosos» (v. 57); «Y conoció muy bien de experimentado» (v. 867); «No se resultase en mal su buen suceso» (v. 934). En tales casos no queda más remedio que decir que son errores del poeta, o de algún copista.

Hay una gran confusión en el uso de los pronombres: «que allá lo [Silvano] encaminaba su destino» (v. 106); «le mata [a Silvano] verse ausente de su gloria» (v. 158); «Limpiaba una los ojos y cantaba, / y otra, cogiendo flores, le ayudaba» (vv. 328-89). Puesto que las diferentes ediciones varían entre sí (así en el v. 774, «para llamarla diablo y afrentarla», en que tres ediciones ponen «llamarla» y tres tienen «llamarle»), es imposible saber cuáles fueron errores del autor, del copista o del editor. Cuando todas las ediciones ponen un verso de la misma manera, no se ha corregido ningún error gramatical, aunque el verso no esté correcto. Cuando hay varias versiones de un verso, se ha puesto el más correcto según el uso moderno, con las variaciones en una nota.

² MORENO BÁEZ explica este uso en *La Diana*, refiriéndose a Keniston: «La prosa del xvi acusa una tendencia a usar el verbo al principio de la frase como una especie de impersonal» (ed., *Diana*, p. 20, n. 15). No creo que se pueda aplicar esta justificación a los ejemplos poéticos de «Alcida y Silvano».

³ MORENO BÁEZ, ed., *Diana*, p. 16, n. 13.

Historia de Alcida y Silvano *

(Se indican con asterisco los versos donde hay palabras o expresiones comentadas.)

- 1 Suene mi ronca voz y llegue el viento (142r)
a ti, ¡Oh Lusitania!, sus acentos;
cante del crudo amor el movimiento
y el repartir de varios pensamientos.
- 5 Llorad, húmidos ojos, un contento
en quien fundó amor mil descontentos;
mi triste canto sea celebrado
con lágrimas, amor, pena, cuidado.
- 10 * Hermanas de Faetón, dejad el llanto,
ninfas del hondo Tajo, dadme oídos.
Apolo, no guiéis el carro en tanto
que canto de los dos de amor vencidos,
que si el carro guiáis y oís mi canto,
así os lastimará que los sentidos
- 15 perdáis, y el carro vaya de la suerte
que a vuestro hijo Faetón causó la muerte.
- * Las celebradas ninfas de Mondego
 encima de sus ondas se levanten,

Título: En A, B, y D se lee: «La Historia de Alcida y Silvano, compuesta por Jorge de Montemayor, a la Ilustre señora Dona Ana Ferrer, Dama Catalana.»

9: Faetón murió intentando guiar el carro del sol. Sus hermanas, las Heliades, fueron metamorfoseadas en álamos cuatro meses después de la muerte del joven (*Metamorphoses*, II, 1-366).

17: Las ninfas mencionadas en estos primeros versos son las figuras mitológicas de que escribió Garcilaso: «De cuatro ninfas que del Tajo amado / salieron juntas, a cantar me ofresco» («Égloga tercera», vv. 53-55, *Obras*, ed. Tomás Navarro Tomás [Madrid: Espasa-Calpe, 1966], p. 124). Dórida, Cintia y Polidora, las ninfas de la *Diana*, son también criaturas mitológicas, pero en «Alcida y Silvano»

- 20 sintiendo del amor el vivo fuego, (142v)
 y con su amargo lloro el mundo espanten.
 Sus blandos ejercicios dejen luego,
 y el mal de su pastor conmigo canten.
 Y vos, hermanas nueve a quien invoco,
 * de aquel suave licor me dad un poco.
- 25 El claro río Mondego celebrado,
 su fértil campo, verde y deleitoso,
 * el monte, a do su monte está asentado,
 y encima su castillo valeroso,
 el su bosque, de olivas adornado,
- 30 su alta sierra y valle muy umbroso,
 * criaron a Silvano, en quien amores
 mostraron si hay amor entre pastores.
- 35 Su opinión, su ser, su fundamento,
 jamás a cosas bajas lo inclinaba;
 sentía el mozo en sí un movimiento
 que a más que a ser pastor lo encaminaba.
 Jamás le entendió alguno el pensamiento,
 ni demostrarlo a nadie se preciaba.
 Continuo a cosas altas fue inclinado,
 y amigo de la ciencia en sumo grado.
- 40 Buscaba por el campo los pastores (143r)
 de más virtud y suerte acompañados.

y otras poesías pastoriles, Montemayor usa la palabra «ninfas» para referirse tanto a las ninfas fantásticas como a las mujeres en general, así destruyendo la barrera entre el mito y la realidad en la narración.

24: El «suave licor» es el agua de la fuente Castalia, que nace en el monte Helicón. Beber esa agua inspiraba el genio artístico (*Metamorphoses*, V, 250-68).

A, B y D contienen esta estrofa después del v. 24:

Y tu Doñanna cuyo nombre y gloria
 yspira mueue y rige el pensamiento,
 a quien mis versos van y la memoria,
 y en quien mi mal consiste y mi contento,
 recibe de los dos la triste hystoria,
 y pues no llega el suyo a mi tormento,
 el triste fin mirando yo lo fio,
 que del podras muy bien sacar el mio.

(*La Diana*, Amberes, 1561, fol. 203v.)

27: Montemayor se refiere a Montemor-o-velho y al castillo del Abad d. Juan (véase la nota a los vv. 65-80).

31: Silvano es también el protagonista enamorado de una larga canción de Montemayor en que el narrador (Silvano mismo) cuenta la historia de su amor por Duarda y los efectos iniciales de la separación en su relación con ella. Algunas partes del poema están en portugués.

Montemayor dijo de sí: «Riberas me crié del rio Mondego, / Ado jamas sembró el fiero Marte / Del Rei Marsilio aca desasosiego» («Carta ao senhor Francisco de Sã Miranda», vv. 70-72, en *Poesias de Francisco de Sã de Miranda*, ed. Carolina Michaëlis de Vasconcellos [Halle: Max Niemeyer, 1885], p. 655). Hay una referencia al mismo Rey Marsilio en «Alcida y Silvano», v. 75.

Al que sabe de amor, había en amores,
y al que de sólo el pasto, en los ganados.
45 Llegar nunca se pudo a los menores,
porque jamás lo fueron sus cuidados,
* y a quien más conversó fue a dos Iusartes,
a quien él alababa en todas partes.

Con éstos, su ganado apacentando,
50 andaba por el campo y su ribera,
de día, ora tañendo, ora cantando
al son de rabel, flauta, o de qué quiera,
de noche, unos durmiendo, otros velando
por el hambriento lobo, de manera
55 que en estos dos hallaba, y lo decía,
virtud, saber, esfuerzo, y valentía.

Debajo de los altos pinos muy umbrosos,
* con los de Pina siempre conversaba,
60 cuyo linaje y hechos generosos
al son de su zampoña los cantaba.
Y los de Paiva allí por muy famosos
sus virtudes heroicas celebraba,
llorando a dos Antonios, cuya suerte
muy de presto la atajó la cruda muerte. (143v)

65 * Miraba aquella cerca antigua y alta
que por trofeo quedó de las hazañas

47: En A, B, C y D, la última palabra de este verso es «Iusartes»; en E y F, es «lusartes», y en G, H, I, es «Lusartes». No he podido encontrar otra referencia al nombre [?] en las obras de Montemayor, ni he podido identificar a la familia.

58: Hay otra mención de las familias de Pina y Paiva en la elegía a la muerte de Montemayor por Marcos Dorantes (publicada por primera vez en 1562 en el *Cancionero* de Montemayor [Zaragoza: Viuda de Bartolomé de Nájera]). Dorantes implica una relación personal entre el poeta y los de Pina y Paiva: «Los de Payua, y de Pina, y su nobleza / demuestran quanto mas justo les fuera, / morir que no dar muestra de tristeza» (fol. iiii).

En su artículo «Os esquemas de Montemor», JORGE DE SENA hizo unos comentarios definitivos sobre Fernão de Pina que dejó sin documentar: SENA se pone de acuerdo con «alguns» [?] que dicen que Pina, hijo y heredero del gran cronista Rui de Pina, fue el padre de Montemayor («a quem alguns dão como seu pai») (*A estrutura de «Os Lusitades» e outros estudos* [Lisboa: Portugalia Editoria, 1970], p. 301). Fernão de Pina fue procesado por la Inquisición portuguesa (el proceso duró desde 1546 a 1550). Fue sentenciado por haber exhibido tendencias heréticas (iluministas) y perdió su puesto como resultado de su largo encarcelamiento. Véase ANTONIO BAIÃO, *Episódios Dramáticos da Inquisição Portuguesa*, 2.ª ed. [Lisboa: Seara Nova, 1936], I, 13-16.

No he podido averiguar quiénes son «los dos Antonios» (v. 63). El contexto indica que pertenecían a la familia Paiva, y no he encontrado ninguna identificación en ese contexto. BARBOSA MACHADO identifica a dos escritores, los dos llamados Antonio de Pina, coetáneos de Montemayor: uno, el autor del diálogo *Regimento da Carreira*, y el otro un poeta y músico. MACHADO no indica la relación entre ellos. Véase su *Biblioteca lusitana histórica, crítica e cronológica* (Lisboa: I. Rodrigues, 1741-59), I, 347.

65-80: Montemayor menciona la leyenda del Abad don Juan de Montemayor en su epístola a Sã de Miranda (véase la nota al v. 31) y en el séptimo libro de la *Diana* (ed. Francisco López Estrada, 4.ª ed. [Madrid: Espasa-Calpe, 1967], pá-

del santo Abad Don Juan, en quien se esmalta
la honra, el lustre, y prez de las Españas.

70

Allí la fuerza de Héctor no hizo falta,
pues destruyó su brazo las campañas
del sarraceno rey que le seguía
y a su traidor sobrino Don García.

75

Miraba aquel castillo inexpugnable,
por tantas partes siempre combatido
de aquel falso Marsilio y detestable
y del traidor Zulema en él nacido.
Decía allá entre sí, «¡Oh cuán notable,
muy gran Montemayor, continuo has sido,
pues en tus altas torres fue guardada
la santa fe, y a fuerza de la espada!»

80

85

Decía, «¡Oh alto monte y valeroso!,
Montemayor el Viejo tan nombrado,
y monte de fe lleno y muy glorioso,
mayor por más valiente y señalado,
llámante el viejo a ti por más famoso,
antiguo, fuerte, alto, y celebrado,
a do Minerva y Marte se juntaron,
y con la ciencia y armas te adornaron.»

(144r)

90

* Después, aunque no estaba enamorado,
mil versos, mil canciones les cantaba,

gina 287). En el soneto dedicatorio por ALONSO DE ZUÑIGA en las *Obras* de Montemayor (1554), se refiere al mismo personaje (véase el *Cancionero*, ed. González Palencia, p. xxx).

La historia es la siguiente: El virtuoso Abad don Juan de Montemayor encuentra a un niño abandonado (nacido de una unión incestuosa) en el umbral de su iglesia. Cría al chico como si fuera suyo y le llama don García. Éste abandona al buen padre y se convierte a la fe musulmana. Renombrándose Zulema, ayuda al rey arábigo Almanzor (aquí «el falso Marsilio», v. 75) en su saco del castillo de Montemayor. Una gran ofensiva árabe convence al Abad que sería mejor matar a las mujeres y niños cristianos y quemar todo lo posible dentro del castillo que dejar nada en poder del enemigo, y así se hace. Cumplida la triste misión, los pocos cristianos corren a confrontarse con el enemigo. Milagrosamente, el Abad y los suyos ganan la batalla y vuelven al castillo para encontrar resucitados a todos los muertos. El Abad hace voto de pasarse la vida en el mismo sitio donde ovó las noticias del milagro, y se cuenta que el monasterio de Alcobaza fue construido en ese lugar.

En su estudio de la leyenda, MENÉNDEZ PIDAL dice que Montemayor habrá oído una versión oral de la historia, en la cual Marsilio, el nombre del rey moro en el ciclo carolingio, fue sustituido por Almanzor. Aunque MENÉNDEZ PIDAL cita el texto de «Alicida y Silvano», no identifica la «cerca antigua y alta» (v. 65), que puede ser una referencia a la muralla del monasterio en Alcobaza. Véase RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *La leyenda del Abad don Juan de Montemayor*, Gesellschaft für Romanische Literatur, vol. II (Halle: Max Niemeyer, 1893).

89: Según Montemayor, para sentir los efectos del amor no hace falta estar enamorado. El mismo sentía el amor por Marfida antes de conocerla:

El río de Mondego i su ribera
Con otros mis iguales paseava,
Sujeto al crudo amor i su bandera.

- 95 y como quien está de amor tocado,
formaba quejas de él, y suspiraba.
Según mostraba siempre su cuidado,
parece que a este tiempo se ensayaba,
o puede ser que entonces ya sentía
el grave mal de amor y lo encubría.
- 100 * Partióse el buen Silvano, suspirando,
del claro río Mondego y su ribera.
Su rostro vuelve atrás de cuando en cuando,
como si amor por fuerza lo moviera.
Decía, «¡Oh soledad, ya vas mostrando
lo que después harás!» Y la manera
con que el pastor sentía los enojos,
mostraba bien las aguas de sus ojos.
- 105 * Para la gran Vandalia fue su vía,
que allá lo encaminaba su destino.
Acá y allá mil veces revolvía, (144v)
hasta que después de esto acaso vino
do el caudaloso Duero parecía,
tan manso como airado va continuo,
de sauces y de alisos muy cercado,
de la una parte un soto, y de otra un prado.
- 110

Con ellos el cantar ejercitaba
I bien sabe el amor que mi Marfida
la entonces sin la ver me lastimaba.

(«Carta a Sâ de Miranda», vv. 82-87, *Poesías de Francisco de Sâ de Miranda*, ed. Vasconcellos, p. 655.)

97-110: Hay una semejanza notable entre Silvano y Montemayor; el portugués dijo de sí mismo:

Aquella tierra [las riberas del Mondego] fue de mí querida;
Dejé la, aunque no quise, porque veía
Llegado el tiempo ia de buscar vida.

Para la gran Hesperia fue la via
Ado me encaminava mi ventura
I ado sentí que amor hierre i porfia.

(«Carta a Sâ de Miranda», vv. 88-93, *Poesías de Francisco de Sâ de Miranda*, ed. Vasconcellos, pp. 655-66.)

105: Considerando la probable naturaleza autobiográfica de unos elementos de «Alcida y Silvano», los versos 105-106 se podrían considerar como una indicación de que Montemayor, llegando por primera vez de Portugal a España, se fue primero a Andalucía. (No se sabe cuándo, dónde, ni por qué dejó su tierra, ni dónde había estado antes de empezar su trabajo en la corte en 1548.) Habrá pasado tiempo en Sevilla, donde estaba enamorado: escribió un soneto (incluido en sus *Obras* de 1554) en respuesta a uno de CETINA, «Respuesta de Jorge de Montemayor, siendo enamorado en Sevilla donde Gutierre de Cetina se quedaba» (véase el *Cancionero*, ed. González Palencia, p. 63).

115 * No fue como este prado y su ribera,
y un cierto montecillo y fuente clara,
aquel que Palas vio, que si éste viera,
con muy más justa causa se admirara.
Y si las ninfas de éste conociera,
cuando las nueve vio, no se espantara,
120 que aquella diferencia viera entre ellas
que vemos entre el sol y las estrellas.

125 Todo el gracioso campo allí se veía
de sauces y de alisos muy cercado.
La hiedra por sus troncos revolvía
con un enredo extraño y concertado.
Según la verde hierba, parecía
que allí Medea las hierbas ha cortado,
con que al olivo viejo hizo nuevo
y al padre de Jasón volvió mancebo.

130 Allí las avecillas resonaban, (145r)
mostrando su dolor y sus querellas,
sobre que dulcemente discantaban,
y el eco respondía acentos de ellas,
los cuales a las ninfas informaban
135 del crudo mal de amor y las centellas,
que aun en las avecillas sin sentido
aquel hijo de Venus ha encendido.

140 Al tiempo que llegó aquí Silvano,
llegada era la dulce primavera,
con las alegres nuevas del verano,
de hoja y flor poblando la ribera.
Dejar de suspirar no fue en su mano,
ni aun de sentir dejar a quien lo viera,
allá dentro en su alma, un movimiento
de enamorado y triste pensamiento.

145 Luego Silvano vio una clara fuente
al pie de un verde sauce en este prado.
El céfiro la ornaba blandamente
de un ventecico fresco y muy templado,
el cual menea el sauce y la corriente.
150 Hace con él un son tan concertado
que no le hicieran tal, según yo creo,
de Apolo la vihuela y la de Orfeo. (145v)

155 Como el que de su dama está apartado,
y su idea tiene en la memoria,
que si le aflige amor, pena, o cuidado,
comienza a imaginar su dulce historia,
y ya después de haberla imaginado

113-20: Visitando el monte Helicón, Minerva vio la fuente Castalia y se quedó impresionada por la hermosura natural del lugar donde vivían las musas (*Metamorphoses*, V, 250-68).

le mata verse ausente de su gloria,
así deja al pastor muy sin sosiego
160 ver al hermoso Duero y no a Mondego.

Cansancio, soledad, poca alegría
mostraba allí Silvano en su semblante.
Congoja es quien le tiene compañía;
165 ningún mal puede haber que ya le espante,
mas la tristeza grave que sentía.
Al sueño fue a llamar, y en un instante
al sauce se arrimó, y sobre la mano
su cabeza afirmó, y durmió Silvano.

Y aunque el cansado cuerpo reposaba,
170 el alma, como suele, no dormía,
mas ante el crudo amor le revelaba
el mal, de que el pastor ya se temía.
Y entre muchas cosas que soñaba,
* muy llena de temor le parecía
175 que hacia él venía una pastora,
la cual él conoció luego a la hora.

(146r)

* Armía se llamaba esta zagala
que de Silvano fue muy gran amiga.
Su hermosura y ser, aviso y gala
180 a la fama espantó y ella lo diga;
ninguna de su tiempo se le iguala,
aunque fortuna fue tan su enemiga
que no cortó a medida su ventura
de su valor, estado, y hermosura.

Venía la pastora así adornada,
185 como tras el ganado andar solía:
la saya verde, clara, y muy plegada,
que el blanco pie descalzo le encubría,
sayuelo blanco y manga no apretada
190 ni muy ancha tampoco en demasía,
y aunque es alto, el collar desabrochado,
por no ofender al cuello delicado.

Sobre los hombros trae sus cabellos
195 como rayos del sol y más dorados,
y como quien se precia poco de ellos,
de una cierta desorden adornados.

(146v)

174: Este verso (y v. 298 y v. 309) nos hace pensar en Dileto, ermitaño del «Diálogo spiritual» por Montemayor, el cual mantiene que los sueños traen visiones del Espíritu Santo sólo si logran inspirar miedo en el devoto («Diálogo spiritual», fols. 92-93).

177: «Armía» tiene tres sílabas en los vv. 177 y 229, dos en el v. 293 y dos o tres en el v. 299. He escogido «Armía» con acento.

Armía es un personaje en una de las canciones publicadas por Montemayor en el *Segundo cancionero* de 1558; es una amiga de Silvano, el cual cuenta su amor por Duarda (véase el *Cancionero*, ed. González Palencia, pp. 421-25, y también la nota al v. 31 de «Alcida y Silvano»).



Una toallita blanca trae sobre ellos,
 los cabos por la punta ambos tomados,
 no puestos por igual, no muy derechos,
 200 presos con alfiler sobre los pechos.

Al hombro una zamarra mal doblada,
 del brazo su zurrón traía colgando,
 en la derecha mano una cayada,
 y el blanco pie en la arena matizando.
 205 Llegó a Silvano ya como cansada,
 el cual de verla allí se está admirando,
 y no piensa que es sueño o desconcierto,
 sino que aquella es, y está despierto.

Parécele al pastor que le abrazaba,
 210 llorando de sus ojos y decía,
 «No sé, Silvano, yo, amor dó estaba
 cuando en el duro pecho se imprimía
 de aquel pastor cruel que me mostraba
 que más que su alma propia me quería,
 215 pues hubo en él tan súbita mudanza
 que me dejó sin vida ni esperanza.

»Mudado se ha Teonio y tan mudado
 que Dorida lo goza y es su esposo. (147r)
 Un blando corazón desengañado
 220 burlóle un crudo, ingrato, y cauteloso.
 El uno está casado, otro cansado;
 el uno en gran dolor, otro en reposo.
 ¡Oh ásperas mudanzas de fortuna,
 vida enojosa, triste, e importuna!

»Dios sabe, ¡oh mi Silvano!, cuántos días
 después que el río Mondego así dejaste,
 se me acordó de ti, que me decías,
 cuando mi pena viste y la notaste,
 230 ‘Dejar debes, Armía, tus porfías,
 más ya no has de poder, pues te entregaste.’
 Bien debías tú entender aquél quién era,
 y aun yo, si no lo amara, lo entendiera.

»Más, ¡ay de quien se ve de amor robada!,
 que nunca jamás cree consejo alguno.
 235 Y así fui triste yo: quedé engañada.
 Te tuve entonces a ti por importuno;
 contra su amor jamás creyera nada,
 que en su fe me mostró ser solo uno,
 y tanto era el amor que le tenía
 240 que no creí mi mal, aunque le veía.

»A Venus, de su hijo me [he] quejado, (147v)
 y a su hijo llamó por informarse.
 Por todo el universo se ha buscado
 y creen que por demás será hallarse,
 245 que en este soto espeso está emboscado

y parecer no quiere hasta vengarse
de una hermosa ninfa muy exenta,
que nunca jamás de él ha hecho cuenta.

250 »Y que esto ha de hacer a costa suya
y de un pastor mancebo y extranjero.
Ha miedo el falso amor que ella le huya,
por eso se emboscó, mas yo no quiero
que seas tú el pastor y te destruya.
255 Silvano, vete luego, y sea primero
que a esta ninfa veas o te vea,
y a tu costa el amor vengado sea.

* »No sabes qué es amor sino de oídas.
No quieras, ¡oh Silvano!, la experiencia;
260 No quieras ver mil lágrimas perdidas;
ni quieras entender el mal de ausencia.
No quieras ver pasiones nunca oídas,
y después de esto el áspero sentencia
que da contra el amante el que es amado,
si no está muy de veras lastimado. (148r)

265 »¿A quién no matará sólo un olvido?
¿A quién un disfavor no llega al cabo?
¿Qué medio ha de tener quien no es querido,
para de amor sufrir dolor tan bravo?
270 Pues, ¡ay de aquel que fue favorecido!
si un pensamiento viene de otro cabo
y causa en la que ama un movimiento,
que a este mal no llega entendimiento.

275 »¿Qué es ver un amador si llega un celo,
ora sea con causa, ora sin ella,
aquella ansia perpetua y desconsuelo,
aquel no ver la cosa y asir de ella,
aquel sin ocasión quejarse al cielo,
aquel oír la disculpa y no creella?
280 Y a veces, aunque es mal para matarlo,
temiendo otro mayor, disimularlo.

285 »Así que, vete luego, mi Silvano,
y mira el crudo amor do me ha llegado.
No pongas tu contento en una mano
de quien jamás le dio que haya durado.
Servirle y ser leal es muy en vano.
¡Ved qué será de aquel que se ha entregado (148v)

257-64: Armía se encuentra en la misma situación que la mayoría de los amantes en la obra de Montemayor: creyéndose amada, de repente se da cuenta de que ya no lo es. En estas dos estrofas se desliza el punto de vista de Armía, y el hombre que cuenta esta historia nos deja entender su visión masculina de lo que debiera haber sido una versión femenina de un desengaño («Pues, ¡ay de aquel que fue favorecido! / si un pensamiento viene de otro cabo / y causa en la que ama un movimiento», vv. 269-71).



sin más ni más a este niño ciego,
variable, falso, libre, y sin sosiego!»

290 Y estando en este sueño muy metido,
le pareció llegar [a] aquella fuente,
con grande majestad, pompa, y ruido,
el niño dios de amor, que de repente
mandaba a Armía prender por haber sido
295 contra lo que ordenaba, y brevemente
fue puesta en la prisión de los culpados
que contra amor han sido conjurados.

300 Y con el gran ruido despertando,
temió luego el pastor lo que soñaba,
de Armía las palabras contemplando,
y lo que hizo amor consideraba.
Entre soltura y sueño está temblando
al tiempo que la aurora comenzaba
a matizar el campo, río, y prado,
y el montecillo y soto celebrado.

305 No mira allí Silvano el claro río,
ni el campo tan diverso en sus colores.
Ni mira el arboleda, ni el rocío,
como grano de aljófara en las flores,
310 mas de lo que soñó está tan frío
que no dirá que oyó los ruiseñores
ni la calandria, dulce enamorada,
que entonces a sus amores da alborada.

(149r)

315 No ve Febo venir resplandeciendo,
ni ve el lustre que da a toda cosa.
No siente un airecillo que, bullendo
la hermosa arboleda, no reposa.
No ve una espesa niebla irse huyendo
de encima el claro río, presurosa.
320 No ve sino un dolor y pena extraña,
* con quien el corazón jamás se engaña.

325 Estando fuera en su fatiga muy metido,
bien fuera de pensar en otras cosas,
hirióle un dulce canto en el oído,
de dos voces suaves y graciosas.
Fue a levantar los ojos, constreñido,
* y allí dos ninfas vio asaz hermosas.

320: Ya se ve la triste conclusión de la historia a través del uso de las palabras ambiguas «dolor y pena extraña», términos que se usan tanto en referencia al buen dolor amoroso como al triste dolor del desengaño: «su pena, y su dolor aventajando / de cuantos dio fortuna en este suelo» (vv. 1.289-90).

326: Se nota en seguida la falta de la hipérbole elogiando la belleza suprema de las dos protagonistas, una falta que subraya el enfoque narrativo del poema (en comparación a la tendencia lírica y algo exagerada de la *Diana*).

Limpiaba una los ojos y cantaba,
y otra, cogiendo flores, le ayudaba.

- 330 Mostró la una estar de amor herida,
y otra mostró vivir de amor exenta. (149v)
Una mostró al amor estar rendida,
la otra con amor no tener cuenta.
La una está en amor muy encendida,
335 la otra fría en él y muy contenta,
y como a tal, la vio cogiendo flores,
* muy fuera de pensar en mal de amores.

- 340 Belisa es la que llora muy quejosa
de una deslealtad con ella usada.
No le valió ser casta, no hermosa,
leal, honesta, firme, y avisada.
No le valió poner su amor en cosa
tan alta, ilustre, clara, y levantada,
para dejar de ver por sí mil males
* que causan corazones desleales.

- 345 Alcida era la ninfa que cogiendo
las flores va, muy fuera de cuidado,
la pena de Belisa no sintiendo,
ni el mal que amor le tiene aparejado.
A la fuente se vienen, concluyendo
350 su dulce canto extraño y concertado.
Y aunque traían sueltos sus cabellos,
mil corazones presos traen a ellos.

- Y no vido Silvano después de esto (150r)
de qué venían vestidas, de turbado.
355 Cegó mirando luego el claro gesto
de quien principio dio a su cuidado.
Y así no fue a mi pluma manifiesto
de las dos el vestido, ni el tocado.
Sólo dijo Silvano que traían
360 guirnaldas de laurel cuando venían.

Y no vieron las ninfas a Silvano
hasta llegar las dos junto a la fuente.
Alcida, que lo vio, el sobrehumano
rostro se le mudó muy brevemente.

336: El argumento empieza a enredarse aquí, cuando se realiza el sueño de Silvano. Armía le había hablado de la venganza de Cupido contra «una hermosa ninfa muy exenta, / que nunca jamás de él ha hecho cuenta» (vv. 247-48).

344: El caso de Belisa es idéntico al de Armía: «Un blando corazón desengañado, / burlóle un crudo, ingrato, y cauteloso», vv. 220-21; «aunque fortuna fue tan su enemiga, / que no cortó a medida su ventura / de su valor, estado, hermosura», vv. 182-84.

En pasajes como éstos hay una clara expresión de una actitud específica ante el amor: por perfecto que sea el (o la) amante, por honesto y sincero que sea su amor, no se garantiza ese amor una vez confrontado con el capricho de la fortuna y del tiempo. De hecho, Montemayor implica el fracaso del amor frente al flujo temporal.

365 Amor, que el arco tiene ya en la mano,
luego apuntó a los dos con flecha ardiente,
y no errando el blanco en aquel punto,
cada uno por el otro está difunto.

370 * ¡Quién viera allí a Silvano estar vencido
de amor, el cual de oídas conocía!
¡Quién viera estar Alcida sin sentido
en ver que siente un mal que no temía!
¡Quién ve a Silvano estar embebecido
en solamente ver por quien moría!
375 ¡Quién ve temer [a] Alcida aquella hora
si a dicha ama el pastor otra pastora!

(150v)

Los ojos de Silvano bien mostraban
que por los de su Alcida se perdían,
y los de Alcida allí disimulaban
380 lo menos, que lo más ya no podían.
Los de Belisa, claro, divisaban
* por experiencia, y más por lo que veían,
lo que en los dos amor había hecho,
rompiendo a cada uno el blando pecho.

385 Suspensa y espantada estaba Alcida,
y muerto más que vivo está Silvano.
* De amor cree la pastora estar herida,
y el triste, no de amor mas de su mano.
Está disimulada aunque vencida,
390 y está el pastor perdido y muy ufano
en sólo ver que mira y es mirado,
ora sea voluntario, ora forzado.

Los ojos de los dos están hablando,
las lenguas están mudas por un poco.
395 * Los de Silvano en hito están mirando,
y los de Alcida miran poco a poco.
Los de Belisa salen derramando
lágrimas y diciendo, «¡Oh amor loco,
400 hasta en los prados, selvas, do hay pastores,
* quieres que se padezca mal de amores!»

(151r)

369: Montemayor avanza un paso hacia la ironía. Al principio del siglo XVIII, tales apartes narrativos se habían desarrollado en comentarios astutos como éste: «Aquí hace Cide Hamete un paréntesis y dice que por Mahoma que diera, por ver ir a los dos [Don Quijote y Doña Rodríguez] así asidos y trabados desde la puerta al lecho, la mejor almalafa de dos que tenía» (II, xlviij; ed. Riquer, II, 882).

382: En la trayectoria amorosa de Montemayor, se logra un verdadero entendimiento del amor sólo por la experiencia propia. Se expresa la misma idea en los primeros versos de «Píramo y Tisbe»: «Oyanme solo amadores, / y el que no, como grossero, / trate de cosas menores» (ed. Ife, p. 3, vv. 3-5).

387-88: Esta frase no está clara. Silvano, «el triste», no se cree herido por el amor, sino por «su mano», o la de Alcida o su propia mano.

395: «Mirar en hito», de «mirar de hito en hito»: «Fijar la vista en un objeto sin distraerla a otra parte» (*Dicc. Real Acad.*).

400: C, D, E, F, G terminan el verso con un punto interrogativo, como lo hace el texto del *Segundo cancionero*. Dicha por Belisa, una amante experimentada, la

El tiempo les faltó, y el recogerse
a un alto palacio fue forzado.

405 * Sivano en verlas ir y solo en verse,
de un grave y nuevo mal fue traspasado.
Seguirles quiere y teme el atreverse,
aunque le ponga fuerzas su cuidado.
Y en fin se queda allí cabe la fuente,
su grave mal llorando amargamente.

410 Alcida va consigo peleando,
y crece poco a poco su herida,
su mal allá entre sí disimulando,
fingiendo del amor no estar vencida.
Pero mirando atrás de cuando en cuando,
415 decía allá entre sí, «¡Ay triste Alcida!»
Mas calla suspirando y dice luego,
«No temo al crudo amor ni a su gran fuego.»

Algunas veces por allí tornaban
las ninfas, y al pastor Silvano veían.
420 * Mirándole, las dos disimulaban, (151v)
y, sólo en él mirarlas, lo entendían.
Y como al gran palacio se tornaban,
* al triste amador nuevo así afligían,
que con suspiros, lágrimas, mostraba
que ya su vida triste se acababa.

425 Después de algunos días ser pasados,
Alcida, que sufrir ya no podía
la gran pasión, los ásperos cuidados
que a su causa Silvano padecía,
se vino con Belisa a los collados
430 ado el pastor Silvano estar solía,
con determinación de no pesarle
sin aquel pastor su mal quiere mostrarle.

Llegadas do Silvano está llorando,
Belisa se sentó cabe la fuente.
435 Silvano mira [a] Alcida, suspirando,
y Alcida disimula sabiamente.
Mas el amor allí sobrepujando
a lo que fingir quiere el que lo siente,
en contemplarlo se quedó suspensa,
440 sufriendo allá entre sí su pena inmensa.

Pues, como cada cual está elevado, (152r)
quiso hablar Belisa, interviniendo.

frase se lee mejor como una exclamación. Sea pregunta o exclamación, es interesante encontrar tal comentario autoanalítico en una obra pastoril.

403: B: «Silvano en verlas ir y solo verse.»

419: B: «mirando de las dos disimulaban».

422: B: «al triste amado nuevo así decían».

Llegóse a él, tiróle del cayado;
dejóselo llevar, no lo sintiendo.
445 Y díjole, «Ah pastor, ¡cuán descuidado
estás!» Pero Silvano, en sí volviendo,
le dijo, «No hay cuidados más derechos
que los descuidos por amores hechos.»

Respóndele Belisa, «Bien lo creo.
450 * ¡Triste de la que ha tanto que lo sientel!»
Y como de le oír tuvo deseo,
llegóse junto a él cabe la fuente
y dijo, «¿Cuyo soís?» «De lo que veo»,
le respondió Silvano blandamente,
455 «amor no me dio cuyo hasta [ah]ora,
que me ha dado una ninfa por señora.»

Belisa replicó, «¿Quién es aquella
que en un punto, pastor, pudo robarte?»
460 Silvano respondió, «No sé más de ella
que no saber por ella de mi parte.
Después que con mis ojos pude vella,
para tratar de mí, soy poca parte.»
Y aunque Belisa entiende su fatiga,
no se lo da a entender, porque él lo diga. (152v)

465 Alcida, aunque elevada, bien oía
lo que el pastor responde, y sospecha
si es ella, y otra no, por quien decía
si de su amor o de otro preso estaba.
Y como quien amaba en demasía,
470 y en lo que respondió no se fiaba,
dijo a Belisa paso y al oído,
«Pregúntale por quién está perdido.»

Tornó Belisa luego a importunalle,
diciendo, «Di, ¿quién causa tu fatiga?»
475 Silvano respondió, «La lengua calle
lo que en mi alma entró, y amor lo diga.»
No quiso más Belisa importunalle,
y como su dolor en fin le obliga,
* se va su, paso a paso, por el prado,
480 * dejando allí los dos con [su] cuidado.

Suspéndele a Silvano su tormento
pensar que amor en él está seguro.
No siente la pastora descontento

450: Belisa se refiere a sí misma.

479: «Su» se usa como «abajo» aquí y en varios casos en la obra de Montemayor. Por ejemplo, en la «Egloga cuarta», v. 341: «se va [el ganado] su, paso a paso, a su manida». Y de la *Diana*: «Vio Sireno venir un pastor su passo a passo, parandose a cada trecho» (ed. López Estrada, pp. 15-16).

480: Dice el texto del *Segundo cancionero*: «dejando allí los dos con cuidado»; B tiene «su cuidado»; C, D, F, G, H tienen «gran cuidado».

485 en ver que entró en su alma el amor puro,
mas por honrar la entrada al pensamiento,
de su gran discreción derriba el muro. (153r)
Y así se están los dos, porque a hablarse
ninguno de ellos osa aventurarse.

490 Parécele a Silvano que ya tarda.
Hablar quiere y no dice cosa alguna.
Amor es quien lo mueve y acobarda;
el atrever y el miedo están a una.
Temor es el que está diciendo, «¡Aguardal!»
495 Su mal dice que hable y lo importuna.
No halla medio alguno el desdichado
* a quien no hurte el cuerpo su cuidado.

500 En esta confusión está metido,
y Alcida está también metida en ella.
Cada uno está cobarde y atrevido
para decir al otro su querella;
cada uno de su pena está vencido.
Pero Silvano, en fin, forzado de ella,
temblando, bajo, ronco, y comoquiera,
le comenzó a hablar de esta manera:

505 «Señora mía, si este mi tormento
disimular pudiera de alguna arte,
o si en amor cupiere sufrimiento,
callara yo mí mal por no enojarte. (153v)
Mas es tan desusado el mal que siento
510 que yo para encubrirlo no soy parte,
ni soy quien en decirlo tiene culpa,
que amor es quien me mueve y me disculpa.

515 »El gran amor que tengo no es acaso;
por elección ha sido, yo lo siento.
Un paso contó amor tras otro paso;
en todo hubo su cuenta y su descuento,
quitando, ninfa mía, el mal que paso,
vuestro valor y mi merecimiento.
520 En todo hubo su cuento, pero en esto
podría haber jamás es manifiesto.

»Mis ojos no sin causa te miraron,
pues no hay cosa que ver después de verte.
Mi espíritu cansado te entregaron,
que contra tu beldad no hay cosa fuerte.
525 El alma y los sentidos se juntaron,
y acuerdan todos juntos de una suerte
de se entregar a tí, y quien huyere,
que pierda luego el ser que en mí tuviere.

496: «Hurtar uno el cuerpo»: «moverse con ligereza para evitar un golpe; evitar el entrar en una dificultad» (*Dicc. Real Acad.*). O sea, el desdichado no encuentra una solución cuyo cuidado no le aleja del peligro.

- 530 »Padezco sólo un mal y mil dolores,
de quien mi mal en torno está cerrado. (154r)
Y aunque me forzó amor a mis amores,
* pues yo no resistí, no fui forzado.
Fatigas, descontentos, desfavores,
535 no me harán llamar triste a mi hado,
que no es tan malo el mal de ser cautivo,
cuan bueno es el vivir, pues por ti vivo.
- 540 *Si estando yo sin mí hablo contigo,
y viéndote no estoy corto y medroso,
* no soy, señora, yo, el que esto digo;
hablar debe otro en mí, pues hablar oso.
Amor, aunque sea parte, es buen testigo
de cómo lo que digo me es forzoso,
o sea atrevimiento, o sobra, o mengua,
mover delante ti mi ruda lengua.»
- 545 Y así calló, quedando sosegado,
y no callar tan presto, bien quisiera.
Hubo temor, en fin, de haber callado
por lo que aquella ninfa oír espera.
550 Piensa que la indignó en haber hablado,
y que hablando más entretuviera
la terrible sentencio que esperaba,
y esto causó el temor cuando callaba.

532: La sugerencia de que Silvano se enamoró por libre voluntad y no por la fuerza del propio amor contradice el concepto petrarquista popular del amor omnisciente que subyuga al amante contra su voluntad:

Da ora inanzi ogni difesa è tarda,
altra che di provar s'assai o poco
questi preghi mortali Amore sguarda.

(FRANCESCO PETRARCA, «Soneto 65», *Canzoniere*, ed. Piero Cudini, 3.^a ed. [Roma: Garzanti, 1974], p. 980.)

Montemayor expresa con frecuencia la idea del amante débil frente al capricho del amor: «pues ves que he de quererte, aunque no quiera»; y «pues de la razón forzado, / contra ella misma porffo; / fuérame que os quiera yo» (véase el *Cancionero*, ed. González Palencia, p. 451; *Seg. can.*, fol. 4v). Como la libre voluntad cobraba fuerza temática en las obras del portugués (se piensa en Felismena de la *Diana*, la cual pudo superar su destino por la pura persistencia), el poder absoluto de Cupido se desvanecía y los pasajes expresando ese poder desaparecieron. Por ejemplo, Montemayor sacó estos versos de la «Égloga primera» cuando la republicó en 1558:

Tomó la fortaleza de mi alma [amor],
y tුවola en la palma
al primer combate, de manera
que resistir ni pude ni aun quisiera.

(*Obras*, 1554, fol. 59r.)

539: Estos versos recuerdan *Gálatas* 2:20, al cual se refiere Montemayor en su «Diálogo espiritual». «Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mf.»

Mas ella, aunque a Silvano está escuchando, (154v)
 bien muestra que de amor no está segura:
 555 ora el divino rostro matizando
 con un vivo color de grana pura,
 ora secretamente suspirando,
 ora un dulce mirar, una blandura
 560 que a él para respuesta le bastara
 si el crudo mal de amor no le cegara.

Si él volvía los ojos hacia el suelo,
 dando alguna razón con movimiento,
 alzaba ella los suyos con un celo
 565 de ver a quien causaba su tormento.
 Y cuando él otra vez los vuelve al cielo
 para le encarecer su pensamiento,
 Alcida iba los suyos abajando,
 y así le va su vista salteando.

La ninfa no quisiera responderle,
 570 mas ya su voluntad no está en su mano.
 Pensando que el tardar será ofenderle,
 mil veces lo acomete y es en vano.
 Y aunque vergüenza llega a entretenerle,
 575 en fin, amor y fe, y el su Silvano
 en su memoria entraron, y en un credo
 quitaron todos tres la fuerza al miedo. (155r)

Con un blando suspiro comenzando,
 y con un rostro puro y muy sereno
 580 le dijo. «Tu dolor estoy notando,
 y no sé si me salvo o me condeno;
 por ser tuyo, tu mal lo estoy pasando.
 Y si mi hado en esto es malo o bueno,
 no estoy tan libre yo para juzgalle,
 mas ya que habla amor, la razón calle.

585 »Si temo yo tu fe, si tengo miedo,
 que no viene sin causa esta sospecha,
 si en tu mano es fingirte triste o ledo,
 imaginarlo yo, ¿qué me aprovecha?
 590 Saber que ya no mando en mí ni puedo
 me hace estar contenta y satisfecha,
 y pues que tú y amor tenéis la culpa,
 en ambos tendrá Alcida su disculpa.

595 »Quisiera yo fingirme muy exenta
 y padecer secreto lo que siento;
 quisiera estar quejosa y descontenta,
 llamando a tu pasión atrevimiento.
 Mas el dolor que ahora me atormenta
 600 no da tanto lugar al pensamiento
 para que encubrir pueda su accidente,
 mostrándose al revés de lo que siente. (155v)

»Mas ya que paró aquí mi mala suerte
 (o buena para mí si tú quisieres),
 ¿qué puedo yo hacer sino quererte,
 y aunque me pese, creer que tú me quieres?
 605 Y pues, pastor, ya temo yo perderte,
 ¿qué más prenda de amor? ¿Para qué esperes?,
 que yo nunca jamás podré olvidarte,
 ni aun tú de desamor podrás quejarte.»

610 Calló con esto Alcida y no callara
 si más que dijo allí decir pudiera;
 si más hay que mostrar, aun más mostrara,
 y si hay más que querer, aun más quisiera.
 Ninguna cosa entonces le estorbara,
 aunque la muerte allí sobreviniera,
 615 para decir la pena que sentía
 [a] aquel que mucho más que a sí quería.

Y aunque quedó con rostro sosegado,
 mostró en su corazón no haber reposo
 en un blando suspiro y adornado
 620 de un cierto volver de ojos muy airoso. (156r)
 ¡Ved qué haría Silvano en tal estado!,
 estando un poco antes tan medroso
 de la respuesta dura de su Alcida,
 a quien su libertad está rendida.

625 No le perdió el pastor razón ninguna,
 que todas las escribe en su memoria,
 ni piensa que jamás persona alguna
 sacó de ser vencido tal victoria.
 Mas ténese el pastor que la fortuna
 630 le venga a tomar cuenta de esta gloria,
 que nunca el amor dio contentamiento
 a quien fortuna deje sin descuento.

635 Belisa, que escondida está escuchando
 lo que pasaba Alcida con Silvano,
 a cada paso de éstos suspirando
 está, teniendo a amor por inhumano.
 De su pastor se acuerda, contemplando
 cuántas veces le dijo en aquel llano
 lo que a Silvano allí oído había,
 640 y ella lo que Alcida respondía.

Decía, «Quiera Dios por lo que toca
 a esta nuevamente enamorada, (156v)
 no esté el amor de aquél sólo en la boca
 y el alma exenta de él y descuidada,
 645 que cuanto en ellos más amor se apoca,
 tanto más su pastora está prendada.

No temen ya de amor mudanza alguna;
* como señores, gozan su fortuna.

650 «¿En quién nunca se vio tan gran mudanza
como en Alcida, siendo tan exenta
que a tantos perder hizo la esperanza,
sin que del mal de amor hiciese cuenta?
¡Extraña orden de amor! ¡Extraña usanza
que tenga por mal caso y por afrenta
655 haber un corazón que sea exento
para poder vivir sin su tormento.»

660 Alcida en este tiempo está rogando
que la zampoña toque el su Silvano.
Tomábala el pastor no porfiando,
que porfiar allí no es en su mano.
Comiéndala a tocar y ella escuchando,
y Belisa también, y aun todo el llano;
ninfas del río, sátiras, y faunos
los suspendió tomándola en las manos.

665 Mas cuando Alcida oyó cómo tocaba (157r)
con aire tan gracioso y excelente,
y cómo con el son se concertaba
el dulce murmurar de aquella fuente,
que algunos versos cante le mandaba.
670 Y respondió el pastor alegremente,
«Escoge tú la historia que quisieres,
que yo no he de salir de lo que quieres.»

Alcida, que en Silvano está su gloria,
su vida, su contento, su deseo,

648: En la «Egloga tercera», Marfida, amante experimentada, también hace referencia a la inocencia de los amantes nuevos, que no se dan cuenta de la tristeza que les domará inevitablemente. Ella dice a Diana y Danteo: «No habrá temor de muerte que os impida, / ni creer que una tal vida faltar puede» (versos 447-48).

Es interesante que Belisa compare la felicidad de Alcida y Silvano a la de «señores», claramente distinguiendo los miembros de aquella clase social como los más capaces de gozar de su buena fortuna. Tales comentarios puntúan la obra completa de Montemayor. Por ejemplo, en el rapto religioso, las preocupaciones de linaje son las primeras en desvanecerse del cerebro del cristiano: «Y son así encendidas y enajenadas y transportadas [las almas] que se olvidan de sí mismas y de las dignidades y estados y condición de linaje» («Diálogo espiritual», fols. 51v-52r). También, Montemayor se refiere a los «libres» en la *Diana*, identificados por Moreno Báez como las familias adineradas que no tuvieron que pagar los impuestos (y las cuales, lógicamente, vivían libres de muchas de las preocupaciones sociales y religiosas de la época): «Allí la naturaleza produce, ayudada de la industria de los moradores, los cuales son de los que en la gran España llaman libres por el antigüedad de sus casas y linajes» (se refiere a la patria de Belisa; véase *Los siete libros de la Diana*, ed. Enrique Moreno Báez, 2.ª ed. [Madrid: Editora Nacional, 1981], p. 132).

La frecuencia con que Montemayor se refiere a distinciones sociales indica su conciencia de no formar parte del *élite* cortesano por nacimiento; si hubiera pertenecido a los «nobles de sangre», es dudoso que tales referencias habrían aparecido con tanta regularidad en sus obras, o tal vez ni se habrían mencionado.

675 su voluntad, su intento, su memoria,
 aunque mandarle así tiene por feo,
 le dijo, «Canta un poco de la historia
 * de la hermosa Silvia y de Danteo,
 que en Lusitania fueron tan nombrados
 680 y de Diana y Marte celebrados.»

Silvano no sintió, de muy contento
 de ser de su pastora así mandado,
 que en verso no sabía el propio cuento
 para cantarlo a son y concertado.
 685 Mas comenzó a tocar el instrumento,
 y de un nuevo furor allí inspirado,
 haciendo impromptu, el verso así decía
 con voz suave y dulce melodía: (157v)

690 «Llorando el sinventura de Danteo,
 delante su pastora estaba un día,
 diciendo, '¿Por qué causa, ¡oh ninfa mía!,
 no puedo verme a mí si no te veo?'

695 »'Pastor', le dice Silvia, 'no te creo',
 y a otra parte el rostro revolvía.
 Pasar quiso de allí mas no podía:
 vergüenza pudo más que su deseo.

»Danteo respondió, medio difunto,
 '¿Por qué, esperanza mía, estás dudosa
 de un amor tan firme y verdadero?'

700 »Y Silvia replicó, 'Porque en un punto
 se muda y hace fin cualquiera cosa,
 y el falso amor en esto es el primero.'»

Así acabó Silvano y muy quieto
 quedó, puestos los ojos en Alcida,
 705 la cual solemnizó todo el soneto
 con lágrimas, sintiendo la caída
 de aquel joven pastor, fuerte y discreto,
 pues en la primavera de su vida
 cortó la parca el hilo a gran porfía,
 710 por dar al mozo Adonis compañía. (158r)

Muy bien sabía Alcida aquella historia,
 mas nunca la movió a sentimiento
 hasta que tuvo amor en la memoria,
 y vio por experiencia su tormento.
 715 Y como en ver Silvano está su gloria,

678: Danteo y Silvia representarán a conocidos de Montemayor: Danteo aparece como pastor en la «Égloga tercera», donde lamenta los celos de Silvia tanto como aquí. Parece que la égloga fue escrita antes de «Alcida y Silvano», como el narrador del último nos cuenta que Danteo está muerto (se supone que murió en la guerra, vv. 707-10).

tampoco le pasó por pensamiento
sentir que en el soneto que cantaba
con mudanzas de amor la amenazaba.

720 Por alto no pasó esto a Belisa,
que allí sintió de amor la rabia cruda
cuando le oyó decir de aquella guisa,
«Amor es el primero que se muda.»
Y dijo, «Ay, ¡triste yo! ¿Quién no se avisa?
725 ¿Quién se confía en amor? ¿Quién no se ayuda
de lo que le ha enseñado la experiencia?
Mas no da para esto amor licencia.»

730 Acaso volvió el rostro al claro río
Belisa, y vio a Felina que venía
con su tan seco rostro como estío,
escureciendo el sol, nublando el día.
Como el que airado sale a desaffo, (158v)
así la extraña sátira venía,
con sus descalzos pies de arpía pura,
con su infernal meneo y apostura.

735 Con su nariz muy larga y derribada,
con sus negros cabellos y erizados,
con su muy chica frente y muy rapada,
con sus lucientes ojos y encovados,
740 con su garganta luenga y muy plegada,
con sus muy largos dientes descarnados,
con sus flacas mejillas y arrugadas,
con sus fruncidas tetas y colgadas.

745 Su aya era esta bruja, y conocida
por tan desconfiada y tan celosa
que de ellas fue continuo aborrecida
por muy pesada, necia, y cautelosa.
Mas era, en fin, por fuerza obedecida,
por no poder hacerse allí otra cosa,
750 y así como la vio venir Belisa,
a Alcida va de presto y se lo avisa.

Llegó Felina luego con su gesto
más de infernal visión que cosa humana,
diciendo, «Deci[d], ninfas, ¿qué es aquesto, (159r)
que os he de buscar yo cada mañana?»
755 Belisa le replica, «Oh cuán de presto
os enojáis así, Felina hermanal
¿Qué hace al caso andar por este prado,
do no se oye pastor ni ve ganado?»

760 Abrió Felina entonces allí su boca,
la cual sus dientes tienen siempre abierta,
y dijo, «Do hay vergüenza mucha o poca,
jamás la orden común se desconcierta.
Hacéisme andar buscándoos hecha loca.

765 * El diablo me entregó llaves ni puerta.»
Dijo entre sí Belisa, «Sí haría,
que un diablo de otro diablo se fiaría.»

770 No dijo esto tan paso que no oyese
Felina lo que dijo, y muy rabiosa
le respondió que aquello no dijese,
ni fuese confiada en ser hermosa,
que si ella se afeitase y compusiese,
quizá que no habría ninfa tan graciosa.
Y, ¿qué había visto en ella que tacharla
* para llamarla diablo y afrentarla?

775 Y prosiguiendo, dijo, «Estas hermosas, (159v)
en sus rostros pintados confiadas,
están más alteradas y humosas
que si ellas fuesen deas celebradas.
¡Sus!, vámonos de aquí, porque estas cosas,
780 Belisa, para mí son excusadas.
Ora sea yo hermosa, ora fea,
que a fe que alguno hay que me desea.»

785 Mil pesadumbres de éstas se decían,
aunque Belisa siempre se burlaba.
Los dos amantes tristes ya temían
la ausencia con que el tiempo amenazaba.
Las ninfas a este tiempo se partían,
la vieja iba delante y las guiaba.
790 Aquel que amor tocó con cruda mano
podrá juzgar cuál queda allí Silvano.

795 Alcida no va en sí ni a sí se entiende,
sus ojos vuelve atrás y va buscando
aquel a quien la ausencia el fuego enciende,
que ya su soledad quedó llorando.
Belisa, a quien amor también ofende,
el mal de los dos siente, imaginando
si siente algo la vieja y va diciendo, (160r)
«O es muerto ya el pastor o está muriendo.»

800 Felina en ella va los ojos puestos.
Belisa la miró con un desgaire
de un cierto volver de ojos entrepuestos
y el rostro así torcido por donaire.
Felina dijo, «¡Así, hacedme gestos!»
Belisa respondió con gentil aire,
805 «A saber yo hacer gestos, yo os hiciera
uno que muy mejor que el vuestro fuera.»

764: Este verso parece ser de una canción o de un refrán, pero no he podido encontrar la frase en ningún otro sitio. «El diablo» parece tener el valor negativo de «nadie» aquí, como en la expresión «El diablo que lo entienda».

774: El texto del *Segundo cancionero*, C y E tienen «llamarle»; B, D, G tienen «llamarla».

810 La vieja se tornó a trabar con ella
y no advirtió al pastor que atrás venía,
siguiendo a su pastora como a estrella
que la cansada nave al puerto guía.
Mas luego allí perdió la vista de ella
y vio como la vieja las metía
en un alto palacio suntuoso
que a poco trecho está del valle umbroso.

815 Quedó el triste pastor mas no ha quedado,
que con Alcida fue, aunque quedaba
tan triste que por sí se ha preguntado
como el que sin su alma se hallaba. (160v)
Y su dolor responde acelerado,
820 diciendo que su cuerpo sólo estaba
* allí, mas que su alma ya era ida,
y sólo el dolor daba al cuerpo vida.

825 No ve Silvano aquel hermoso gesto,
consúmese su vida poco a poco.
No sabe si es a Alcida manifiesto
el mal que le atormenta y vuelve loco,
y el sinventura amante a todo esto
se esfuerza cuanto puede, y puede poco,
830 que quien su alma dio y está sin ella
jamás gozó de efecto alguno de ella.

Su luna se entrepuso y eclipsado
estaba el corazón del nuevo amante.
A otro horizonte ve su sol pasado
y su fortuna vuelta en un instante.
835 En un espeso mirto y muy poblado
de hojas, sin pasar más adelante,

821: La idea del amante que, dejando la presencia de la amada, deja su alma con ella y así nunca deja a la mujer es el tema del soneto «Partiéndose para la guerra, y poniéndole una dama delante los peligros de ella y de la mar» (uno de los sonetos no incluidos en la edición del *Cancionero* que hizo González Palencia):

No las superbas ondas del océano,
no las desiertas playas peligrosas,
ni las tormentas bravas y espantosas
do esfuerzo y valentía es muy en vano,
no el cauteloso ejército romano
no las francesas armas belicosas
ni las peleas sangrientas y dudosas
muy más que las del griego y el troyano,
podrá temer, señora, el que ha pasado
por un tan gran peligro como ha sido
un solo punto estar de ti apartado.
Ora por mí el francés quede vencido
y el nuestro gran Felipe sublimado,
que más hice en partir do no he partido.

(Se suele interpretar los últimos versos del soneto como una referencia a la batalla de San Quintín.)

se mete el sinventura, lamentando
al cielo, tierra, y mar, mil quejas dando.

840 Ora se queja allí de su ventura,
ora está quejando de su Alcida, (161r)
ora del infernal gesto y figura
de aquella vieja falsa endurecida,
ora de amor que el corazón le apura,
845 ora desea la muerte, ora la vida;
y no hallando en una ni otra medio,
tomó el vivir muriendo por remedio.

850 Estando así el pastor, como he contado,
venir vio hacia sí un viejo anciano,
señor del monte, soto, y del ganado
que allí se apacentaba en aquel llano.
Un buen carcaj al cuello trae colgado,
ballesta armada al hombro, y en la mano
el asta trae también, do la afirmaba,
en cuanto el lobo o ciervo le tardaba.

855 Disimuló el pastor su grave llanto,
retrujo al corazón su gran tristeza.
Sus lágrimas cesaron entre tanto
por ver del viejo anciano la graveza,
y no recibe el mozo poco espanto
860 de ver en su dolor tan gran crüeza
y ver que disimula el mal que siente,
sin darlo a conocer a toda gente.

865 Y el viejo no quedó poco espantado (161v)
de ver allí a Silvano, como digo.
Nunca en aquel lugar pació ganado,
ni allí buscó pastor, solaz, ni abrigo.
Y conoció muy bien de experimentado
el grave mal que el mozo trae consigo
en ver perdido al rostro los colores,
870 mas no entiende la causa, si es de amores.

875 Y con un rostro blando le decía,
«¿De dónde eres, pastor? O, ¿adónde vienes?,
que estando solo aquí sin compañía
muy grande muestra das que algún mal tienes.
¿De qué procede el mal que en ti porfía,
y el gran dolor que muestras y sostienes?,
que si hay remedio en él, yo me profiero
a serte buen amigo y compañero.»

880 Silvano respondió, disimulando,
«De Lusitania soy, de un valle umbroso,
adonde entre mis deudos repastando
el mi ganado anduve asaz gustoso;
ora en el campo andaba apacentando,
ora en un soto espeso y deleitoso.

885 Y las pastoras todas que allí andaban, (162r)
su pena y sus amores me contaban.

890 «Las unas lamentando, me decían
cuan mal podían sufrir el mal de ausencia,
las otras el contento en que se veían,
a sus pastores viendo en su presencia.
Y las que ausencia y celos padecían,
quejábanse ante mí de su dolencia,
mas yo les daba en todo su descuento
y en el descanso más que en el tormento.

895 »Por cosas que después me sucedieron
convino que dejase yo esta vida.
Los mis sentidos tristes bien sintieron
el mal que se ordenaba en la partida.
900 Los mis cansados pasos me trujeron
aquí, do veis que ha sido mi venida,
y no tengo más mal que me atormente
si no es la soledad y el verme ausente.»

905 El viejo respondió, «Pastor amigo,
jamás permaneció un buen estado.
* Lo que fortuna ves que usó contigo,
usó con otros muchos que han pasado. (162v)
Si acaso quieres tú vivir conmigo,
y te contenta el soto y verde prado,
quizá toparias otra compañía
910 que no te fuese tal como la mía.»

915 Resucitó el pastor como de muerto
en ver que le cometen tal partido,
porque en aquella hora entendió cierto,
por sólo el rostro y arte que en él vido,
que es el padre de su Alcida, y el concierto
entre los dos fue hecho y consentido.
Y así se van los dos, amo y criado,
al alto y gran palacio ya nombrado.

920 Contar lo que sintió en verle Alcida,
y lo que sintió en verla el su Silvano,
él viendo que gozar de su querida
el tiempo se lo pone ya en la mano,
y ella en contemplar la alegre vida
que vino tras un mal tan inhumano,
925 no hay lengua humana, no, que hacerlo pueda,
que todo entendimiento atrás se queda.

Pues no le plugo menos a Belisa,
aunque temió su mal se descubriese,
y sin esperar más los dos avisa, (163r)

905: Hasta Olimpo, de cuyas experiencias no sabemos nada, se refiere al cambio irrevocable de la fortuna.

- 930 diciendo a cada uno que advirtiese
en encubrir su pena de tal guisa
que por señales nadie la entendiese,
y a culpa de un liviano y bajo exceso
* no se resultase en mal su buen suceso.
- 935 Olimpo se llamaba el viejo anciano,
padre de la hermosa y linda Alcida,
el cual dijo al pastor, «Pues ya, Silvano,
en mi poder pensáis pasar la vida,
aquí andará el ganado en este llano,
940 y aquí sea vuestra choza y la manida,
para de noche estar con el ganado,
do hay más seguridad que no en el prado.
- Silvano respondió, «De lo que quieres
jamás saldré yo un punto, señor mío.
945 Yo dormiré en el campo si quisieres,
por nieve, helada, truenos, agua, o frío.
Y si del mal o el bien que dispusieres,
en algún tiempo ves que me desvíó,
yo digo desde aquí que la manada
950 me quites luego al punto y mi soldada.»
- El viejo Olimpo tanto se agradaba
(163v)
de ver el buen servicio de Silvano
* que casa, hacienda, y honra le fiaba.
Debajo estaba el ható de su mano,
955 la cuenta a otros pastores él tomaba,
y dábala tan buena al viejo anciano
que ya no le pedía alguna cuenta
* de leche, lana, quesos, ni otra renta.
- * Las noches se pasaba con su Alcida,
960 los días con Belisa conversando.
Aquellos dulces ratos y la vida
que, sin pensar perderla, está gozando,
el alabar continuo su venida,
el dulce suspirar de cuando en cuando,

934: Este verso tiene doce sílabas: a lo mejor, se debe omitir la «se».

953: Floriano, un pastor en la «Egloga tercera», también guardó un rebaño del padre de su pastora (véase el *Cancionero*, ed. González Palencia, p. 479).

Es notable que Alcida y Silvano sigan guardando el secreto de su amor, aunque Silvano tiene una buena relación con el padre de Alcida, Olimpo. Montemayor nunca explica por qué no se casan los amantes, aunque se puede presumir la existencia de una distancia social irremediable entre ellos (se refiere a Silvano como «criado», v. 917).

958: El mundo pastoril de Montemayor presenta los detalles de la vida rústica a menudo. Véase la última estrofa de la «Egloga cuarta» en el *Cancionero*, ed. González Palencia, p. 497. También, de la «Epístola a Diego Ramírez Pagán» por Montemayor: «Que muera algún cordero, y lo paguemos a nuestros amos, ante la soldada, / que nunca por tan poco refñiremos» (ed. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, *Estudios dedicados a D. Ramón Menéndez Pidal* [Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1956], p. 400, vv. 124-26).

959: El *Segundo cancionero* tiene «le pasaba»; B tiene «se pasaba».

965 de gran contentamiento y no fatiga,
* no hay lengua de hombre humano que lo diga.

Pues como su fortuna ya cansase,
como cansarse suele entre amadores,
y el tiempo apresurado amenazase
970 de dar por sólo un bien cien mil dolores,
con brevedad mandó que se mostrase
el desastrado fin de sus amores,
el cual mostró a las gentes de tal modo (164r)
que a lástima moviese el mundo todo.

975 Silvano, estando entonces el más contento
que nunca hombre lo estuvo en tal estado,
sin sospechar la pena y gran tormento
que el tiempo y muerte le han aparejado,
soñó una noche un sueño en que el intento
980 del tiempo conoció, y el triste hado
de su pastora Alcida, cuya suerte
le amenazaba ya con breve muerte.

Soñó que vio venir a su señora
en boca de un león atravesada,
985 y allí delante de él luego a la hora
entre sus dientes fue despedazada,
y que unos gritos oye de hora en hora
de una hermosa ninfa oye de hora en hora
allí, le pareció a Belisa tanto
990 que le hizo despertar con gran espanto.

Y luego sospechó la desventura
que el sueño poco a poco le mostraba.
Del mal se defendía a fuerza pura
995 y en ver que es bien amado se esforzaba. (164v)
Pero del sueño teme la soltura,
tornando a imaginar lo que soñaba,
y en busca de su Alcida va derecho
para quedar con verla satisfecho.

966: La inefabilidad de la experiencia amorosa, divina o humana, es uno de los temas predilectos de Montemayor: «No sé decirte más, ni amarte menos»; «aquello que en amor es más perfeto / se queda reservado a mi concepto»; «dice [Jesus] más con callar / que nadie dirá hablando» (del *Cancionero*, ed. González Palencia, pp. 72, 77 y 126).

La frustración causada por la incapacidad de expresar los sentimientos a través de la palabra escrita es un tropo metapoético-tradicional; por ejemplo, del «Canzone 73», de PETRARCA: «I'nom poria già mai / imaginar, non che narrar, gli effetti / che nel mio cor gli occhi suavi fanno»; o, de su «Soneto 20»: «Più volte incominciai de scrivir versi, / ma la penna e la mano e l'intelletto / rimaser vinti nel primier' assalto» (*Canzoniere*, ed. Cudini, p. 110; p. 20).

MARY G. RANDEL quiere convencernos de que el tema poético de la inefabilidad expresado por CERVANTES en *La Galatea* indica la incapacidad de la poesía de funcionar como recurso comunicativo. (Véase su artículo, «The Language of Limits and the Limits of Language: The Crisis of Poetry in *La Galatea*», *Modern Language Notes*, 97 [1982], 254-71.)

1.000 Alcida, con las noches que han pasado,
 las cuales pocas veces las dormía,
 o con jamás de sí tener cuidado
 si no es de aquel pastor por quien moría,
 o con pisar descalza el verde prado
 1.005 con su querido amor en compañía,
 un mal le dio tan fuerte y tan crecido
 que el rosicler del rostro le ha encedido.

1.010 Debajo un pabellón que en un[a] huerta
 de aquel alto palacio armado estaba,
 está la hermosa Alcida y casi muerta
 en ver el grave mal que le aquejaba.
 Con un paño de seda está cubierta
 la cama, de claveles rodeada.
 Sentada junto a ella está Belisa,
 que a su pesar la está moviendo a risa.

1.015 En esto entró el pastor alborotado,
 del sueño que soñó muy descontento. (165r)
 Llegó do el pabellón estaba armado;
 su Alcida viendo allí, quedó sin tiento,
 y aunque por ella fuese asegurado
 1.020 que no era nada el mal, su pensamiento
 delante de sus ojos le había puesto
 el sueño que soñó, mirando en esto.

1.025 La fiebre a su pastora le crecía
 y su viva color le acrecentaba.
 La su garganta así resplandecía
 que el resplandor del sol sobrepujaba.
 * Tan mala vez del pecho descubría
 con una blanca mano que sacaba,
 que no sé corazón tan fuerte y duro
 1.030 que allí pudiere estar de amor seguro.

1.035 Los ojos puso Alcida en su Silvano
 con una brevecita y dulce risa.
 Lo mismo hizo el pastor, aunque en su mano
 no está mostrar placer de alguna guisa.
 Del sueño un mal le nace sobrehumano,
 el cual le conoció muy bien Belisa,
 y dijo, «Mayor mal que su dolencia
 nos da a entender, Silvano, tu presencia.»

1.040 Respóndele el pastor, disimulando, (165v)
 «No hay otro mal que a mí pesar me diese
 si no es ver yo mi bien aquí pasando

1.027-28: B: «Tan malaues del pecho»; D: «tan mala ves del pecho»; E: «tan mala vez del pecho»; F: «tan mala ues del pecho»; I: «tan mala voz del pecho». El *Segundo cancionero* tiene: «tan mala ves del pecho descubría, / con vna blanca mano que sacava». Al primer verbo le falta objeto y la frase carece de sentido con cualquiera de las variantes. Se podría escribir «malavez»: «apenas, pocas veces» (*Dicc. Real Acad.*), aunque tampoco sirve para clarificar la frase.

1.045 lo que por ella yo pasar pudiese.»
Mas ellas, no creyéndole y jurando
que algún dolor si siente les dijese,
le han puesto en muy gran riesgo de decirlo,
mas ve que toca a Alcida el encubrirlo.

1.050 Cuyo dolor divino está mudado
y firme todavía el pensamiento,
y a su pastor se ve en tal estado
que la esperanza pierde y el contento.
Y el viejo Olimpo está con tal cuidado
que en él no puede entrar contentamiento
en ver su hija estar de aquella guisa,
y no con menos pena está Belisa.

1.055 No tanto pesa a Alcida de su muerte
como de ver que deja a su Silvano.
Apriétale un dolor muy recio y fuerte,
esfuérsase la triste y es en vano.
1.060 Tampoco puede creer querrá su suerte
quitarle luego un bien tan soberano.
De la dolencia aprietan los dolores,
mas dale más que hacer el mal de amores. (166r)

1.065 Estuvo muchos días allí Alcida,
ora aflojando el mal, ora arreciando;
si hoy muestra señal de tener vida,
mañana le está muerte amenazando.
Seis meses pasó así, aunque entendida
su muerte fuese luego en enfermando,
mas los que la curaban lo encubrieron
1.070 hasta aquella hora y punto que pudieron.

Y en fin, muy a la clara ya mostraban
tener poca esperanza de su vida.
Sus delicados huesos se contaban,
y la virtud del cuerpo es consumida;
1.075 los sus hermosos ojos se anublaban,
la gana del comer está perdida.
Seis días duró así desconfiada
la triste Alcida, moza y desdichada.

1.080 ¡Ved qué hará el pastor desventurado!,
o, ¡qué podía sentir su pensamiento
en ver que en breve el tiempo le ha quitado
su bien y su alegría y su contento!
Ya de llorar el triste está cansado,
mas a su mal no halla algún descuento,
1.085 si no es que viendo muerta a su pastora
se mate él mismo a sí en aquella hora.

(166v)

Olimpo con Belisa allí se estaban
a la pastora Alcida acompañando.
Toda la noche entera la velaban



- 1.090 su desdichada muerte allí aguardando.
A ella algunas veces se allegaban,
y con palabras blandas esforzando
están a quien le da dolor más fuerte
mil veces su pastor, que no su muerte.
- 1.095 Ya la tercera noche era llegada.
Belisa dijo a Olimpo que se fuese,
que la pastora estaba algo aliviada,
y era justa cosa que él durmiese.
Y pues Silvano estaba en la posada,
1.100 que le mandase luego allí viniese,
y así junto los dos la velarían,
y si arreciase el mal, le llamarían.
- Pues como en este acuerdo concluyeron,
Olimpo se salió y entró Silvano.
1.105 Los dos llorando a solas estuvieron,
la muerte ya a este punto estaba a mano. (167r)
Allí junto a la cama se pusieron,
mostrándole un placer fingido y vano.
Y dijo, «¿Cómo estáis, mi amor primero?»
1.110 Alcida respondió, «La muerte espero.»
- Replicale Silvano, «Dios no quiera
que yo vea de mis ojos vuestra muerte,
porque es mejor, mi alma, que yo muera
que recibir después un mal tan fuerte.»
1.115 Silvano estaba tal que quien lo viera
pudiera bien sentir su mala suerte,
porque a cualquier palabra que allí expresa,
en su garganta un nudo se atraviesa.
- Tres noches ha que nadie allí dormía,
1.120 Belisa ni Silvano, ni aun Alcida,
y en cuanto el pastor triste esto decía,
Belisa se dejó quedar dormida.
El sinventura amante, que sentía
que su tristeza a sueño le convida,
1.125 arrima la cabeza a la almohada
do su pastora triste está acostada.
- Estando, pues, durmiendo, en esta hora
pasaba por la enferma un accidente, (167v)
un paroxismo, un mal, que a la pastora
le pareció su muerte estar presente.
1.130 Y toma un tal esfuerzo allí a deshora,
muy más de mujer sana que doliente,
como hace la candela si fenece,
que más que en su principio resplandece.
- 1.135 La que, si acaso el brazo levantaba
y la camisa en él se le encogía,
volver no la podía como estaba

- 1.140 si Olimpo o su Belisa no lo hacía,
la que de flaca el cuerpo no mudaba,
ni el rostro a parte alguna revolvía,
con un esfuerzo extraño y no pensado,
sobre la cama sola se ha sentado.
- 1.145 Y como vio dormido al su Silvano,
comiéndalo a mirar la desdichada.
Sostiene la cabeza en una mano,
la otra afirma recio en la almohada.
Diciendo está, «Mi bien, no ha sido en vano
amar como os amé, ni ser yo amada,
pues de este mundo llevo un gran contento
en ver que os he ocupado el pensamiento. (168r)
- 1.155 «Yo moriré, mi bien, mas yo confío
que no entrará otro amor en tu memoria,
y que jamás de allí saldrá este mío,
lo cual no es para mí pequeña gloria,
pues yo pensar perderlo es desvarío,
aunque de mí la muerte haya victoria,
que, pues que va en el alma el pensamiento,
no es parte en la muerte ni el tormento.
- 1.160 »El caudoloso Duero y su corriente,
que cuesta abajo va tan desenvuelto,
atrás podrá volver más fácilmente
que el nudo de los dos podrá ser suelto.
Las piedras hablarán y no la gente,
será diciembre claro, abril revuelto,
mas no podrá la muerte ni fortuna
dos almas apartar que ya son una.
- 1.170 »Con el feroz mastín el lobo fiero
hará perpetua paz y compañía,
y de la oveja mansa el su cordero,
huyendo, se irá al bosque a gran porfía,
y el mar se secará también primero
que pueda yo creer, ¡oh alma mía!,
que infortunio o muerte o caso alguno
los dos quite jamás de estar en uno.» (168v)
- 1.175 Estando Alcida en esto, derramaba
* nel rostro del pastor que allí dormía,
mil lágrimas ardientes do mostraba
la grande fe y amor que le tenía.
Y viendo que el pastor ya despertaba,
cayó en la cama allí quedando fría.
1.180 Pero pasó de presto este accidente,
y el último llegó muy brevemente.

1.176: Montemayor usa las contracciones para eliminar una sílaba en varias ocasiones: se usa «namorados» en la «Égloga tercera»; «cas» para «casa» en la «Égloga cuarta».

- Tentó el pastor su rostro, el cual bañado
 en lágrimas lo halla de su Alcida.
 1.185 Volvióse a ella y dijo el desdichado,
 «¿Qué es esto? ¿Cómo estáis? ¿Estáis dormida?»
 Responde, «Pastor mío, ya es llegado
 el punto de mi muerte y mi partida.
 1.190 Suplicoos yo, mi amor, porque os quiero,
 que un don no me neguéis, pues veis que muero.»
- Respóndele el pastor, «Jamás yo vea,
 señora, un mal tan grave y tan siniestro.
 Pues que no hay cosa en mí que mía sea,
 1.195 ¿qué habrá que demandar en lo que es vuestro? (169r)
 Ved nuestra alma qué quiere o qué desea,
 pues menos no consiste el amor nuestro,
 sino vivir conformes de una suerte
 en gloria, en pena, en gozo, en vida, en muerte.»
- «Al don que pedir quiere estad atento»,
 1.200 responde la pastora ya cansada,
 Suplicoos, amor mío, pues no siento,
 si no es por sólo vos, la muerte airada,
 que de este mundo lleve tal contento
 como es decir que fui con vos casada,
 1.205 y el alma irá contenta a donde fuere,
 y vos conoceréis el bien que os quiere.»
- No tuvo tiempo alguno allí Silvano
 para le agradecer lo que pedía,
 1.210 mas luego al punto y hora dio la mano
 y dijo, «Yo os recibo, ¡oh alma mía!»
 «Yo a vos, mi bien», dijo ella, «pues me gano
 con tan dichosa y dulce compañía.»
 Y al punto que acabó de decir esto,
 cortó la parca el hilo muy de presto.
- 1.215 Silvano, cuando vio que muerta estaba,
 el seso y la paciencia le faltaron: (169v)
 la voz llegaba al cielo y le pasaba,
 y en este punto, todos despertaron.
 Belisa, como allí tan cerca estaba,
 1.220 y el sinventura Olimpo, que miraron
 y vieron muerta [a] Alcida, con su llanto
 la tierra, cielo y mar recibe espanto.
- Belisa va a Silvano y muy de presto
 le dijo, «¡Oh pastor triste!, vete luego,
 1.225 que no conviene aquí, ni aun es honesto
 * que con tu llanto muestres tu gran fuego.»

1.226: Alcida muere en el ambiente cortesano y por lo tanto Silvano tiene que obedecer la regla de secrecía del amor cortés: «Pues luego conviene que lo que edificare el desso en el corazón cativo, sea sobre cimiento del secreto, si quisiese su labor sostener y acabar sin peligro de vergüenza. Donde por essa compa-

- 1.230 Sintió el pastor muy bien su presupuesto,
aunque el rabioso mal le tiene ciego.
De entre ellos se salió, y allí quedaron,
do con muy graves llantos la enterraron.
- 1.235 Con rabia más mortal que no la muerte,
Silvano se salió al verde prado,
diciendo, «¡Alcida mía!, ¿no he de verte?
¿Dó estás? O yo, ¿dó estoy, pues te he dejado?
Pues, ¿cómo, Alcida mía, he de perderte,
y no pierdo la vida en tal estado?»
Y así cayó en el suelo en un instante,
sin alma y sin sentido, el triste amante.
- 1.240 Tornó a volver en sí y dijo, «Alcida, (170r)
Alcida, ¿qué es de ti que no te veo?
* ¿Llevas mi alma? No, que aun tengo vida.
¿Vida es la que ahora tengo? No lo creo.
¡Vuelve mi alma acá, desconocida!
Mas no la quiero ya, ni la deseo.
- 1.245 ¿Estoy sin vida y hablo? ¡Oh desconcierto!
¿No dejaré el hablar, pues estoy muerto?»
- 1.250 Estando en tal congoja el desdichado
no sabe imaginar adó se vaya.
Despierta un poco y llora su cuidado,
y a cada paso cae y se desmaya.
Toma su flauta, siendo en sí tornado,
y al pie de una muy seca y alta haya
sentado, así comienza un triste canto
que aun a las fieras mueve a eterno llanto.
- 1.255 * «¿De quién os quejaréis, Tisbe hermosa,
pues ante tiempo veis la sepultura?
¿De amor, de la leona presurosa,
de Píramo tardar, o de ventura,
de la cruel espada rigurosa,
de su querer, o vuestra hermosura?
1.260 Ora quejáis de un mal, ora de ciento,
quejar yo de mí solo es más tormento. (170v)

ración, parece que todo amador deve antes perder la vida que escurescer la fama de la que sirviere, haviendo por mejor recibir la muerte callando su pena, que merecerla trayendo su cuidado a publicación» (DIEGO DE SAN PEDRO, «Sermón», *Obras completas*, ed. Whinnom, I, 174).

1.241: Estas quejas de Silvano son semejantes a las de Píramo (el poema de Montemayor «Píramo y Tisbe» seguía «Alcida y Silvano» en la mayoría de las ediciones de la *Diana* desde 1561 hasta finales del siglo XVIII): «Tisbe, responded, ¿soys muerta? / Sí hareys, pues soy biuo / ... ¿por qué causa el alma mía / no se fue también con ella?» (ed. Ife, p. 53, vv. 999-1.000, 1.004-1.005).

1.255: El poema, que empezó con una innovación de figuras mitológicas (versos 9-24), vuelve al motivo con que comenzó con referencia a cuatro amantes del mundo clásico que sufrieron la muerte del amado. Este final no sólo pone énfasis en la circularidad del poema, pero también subraya la relación estrecha entre lo real y lo fantástico, un tema central de la obra.

- 1.265 »¿Por qué, Venus, estáis desconsolada,
vuestro querido Adonis lamentando
y de señora en sierva transformada,
* de Atropos y amor mil quejas dando?
Si vuestra pena es grave y no pensada,
mira la que Silvano está pasando
y entre una larga pena o breve muerte,
1.270 juzga cuál de las dos será más fuerte.
- 1.275 »Si el infernal tormento obedecía
la música de Orfeo, que en él entraba,
si el mal de los dañados suspendía,
y el suyo cada vez se acrecentaba,
y si perdió del todo su alegría
por un solo mirar que se excusaba,
también mi mal nació de haber mirado,
mas yo no lo excusé que fui forzado.
- 1.280 * »Si Juno se halló tan agraviada
de aquella ninfa Eco que, [de] improviso,
el cuerpo le quitó, y fue tornada
en voz que responde al su Narciso,
quitándome fortuna mal mirada,
cuanto quitarme pudo y cuanto quiso, (171r)
1.285 la voz que me dejó para quejarme
me hace daño en vez de aprovecharme.»
- 1.290 Allí quedó Silvano lamentando
su triste soledad, su desconsuelo,
su pena, y su dolor aventajando
de cuantos dio fortuna en este suelo,
y con su triste canto lastimando
la tierra, el mar, el aire, y aun el cielo,
hasta que venga muerte a despenarle,
que ella, y otro no, puede(n) curarle.

1.266: El amado de Venus, Adonis, fue herido de muerte por un jabalí. Atropos, una de las tres Parcas, es la que corta el hilo de la vida humana.

1.279: Cuando Juno se dio cuenta de que la charla continua de Eco tuvo el propósito de dar tiempo para escaparse a las ninfas acostadas con su esposo Júpiter, la diosa le quitó la mayor parte de su capacidad para hablar, dejándole sólo el poder de repetir las últimas palabras de lo que oyó. Juno no le quitó el cuerpo a Eco, sin embargo; la pobre lamentó el rechazo de Narciso tanto que su cuerpo desapareció, dejando viva nada más que su voz (*Metamorphoses*, III, 356-510).